

Un hombre ante su espejo

En 1976 hube de intervenir en la presentación pública de *Descargo de Conciencia*, el libro de Pedro Laín Entralgo acabado de editar, al que calificué de «impagable». Quisiera ahora precisar algo más mi atribución a ese libro de significación tan relevante.

Al hacerlo, confío en que mis palabras no desentonen demasiado de los demás trabajos entre los que se inserten. El homenaje a nuestro escritor reunirá, sin duda, valiosos estudios donde sus admirables aportaciones a la filosofía, la antropología, la historia de la medicina, y a tantos otros temas literarios, científicos e históricos, alcanzarán comentarios de mayor entidad que el mío. Pero Laín, además de gran polígrafo, ha sido también un hombre de vida inmersa en nuestros más punzantes problemas cívicos, y tal vez su relación con ellos sea asimismo considerada en algunas de las otras contribuciones a este agasajo colectivo. Por ello me atrevo a esperar que mis reflexiones acerca de *Descargo de Conciencia* no lleguen a ser una disonancia.

Me interesa comentar ese libro más que cualquiera otro de su autor porque, en la actual situación española, lo creo digno de especial atención. Al libro y a su autor, ante el espejo de 513 páginas que él mismo ha bruñado para contemplarse. Pues creo firmemente que ese hombre y ese espejo nos afectan a todos en nuestra más profunda realidad.

Quizá no falte, sin embargo, quien vea en mi comentario un inoportuno intento de remover tragedias hispanas que sería mejor olvidar. Quisiera hacer notar a quien así pensare que Laín escribió el libro por estimar que no podían olvidarse y que, en bien de sus compatriotas tanto como de sí mismo, estaba obligado a removerlas. Pues no se escribe un libro como ése para dejarlo atrás, sino para mantener presente el inexorable espejo que es. Si algún lector hubiere dispuesto a dibujar el mohín de repudio propio de quien profesa el olvido de lo desagradable, quién sabe si por motivos personales no siempre confesables, espero que Laín no lo hará, y eso me basta.

Intentar una glosa de *Descargo de Conciencia* es, bien lo sé, tarea delicada, pues delicada es la realidad individual en él expuesta y la consideración del tiempo histórico que la envuelve. Quizá, por ello, mis reflexiones pudieran parecerse a veces a una censura, o, al menos, a un juicio emitido desde supuestas alturas morales. Me apresuraré a deshacer el posible equívoco: no me atribuyo ninguna superioridad ante Laín y no pretendo juzgarlo. En antigua carta a sus amigos, mandada sólo a unos pocos en ingrata ocasión pretérita y recogida al fin en este libro, dice:

... Pero tampoco estoy dispuesto a tolerar que ningún español de uno u otro bando se arroge ante mí en cuanto tal español el lucido papel del «justo» o del «puro», me juzgue olímpicamente desde esa socorrida ficción de «justicia» o «pureza» y me declare luego aceptable o réprobo.

Tiene razón, pues nadie es totalmente puro ni justo. Y yo, desde luego, tampoco

lo soy. Lejos de mí, pues, el papel de juez. Quede definitivamente claro que escribo para ensalzar una obra a la que sigo llamando impagable.

Ahora bien, en las anteriores palabras de Laín se aprecian dos aspectos diferentes. El primero atañe a la conducta personal, siempre enjuiciable desde criterios objetivos, pero que, en efecto, por nadie que alardee de integridades discutibles debe ser juzgada. Mas en esas palabras asoma otra cara que sí debe considerarse: la de la comparación desapasionada entre las razones de uno y otro bando —los de nuestra guerra, los de nuestra pertinazmente conflictiva España— y del modo como tales razones matizaron los procederes individuales. De no presentar esta otra cara, las antedichas palabras de Laín podrían tomarse como el rechazo de cualquier juicio adverso, no ya porque nadie tenga el derecho de pronunciar tales censuras «morales» sino porque, colectivamente, en los dos bandos de nuestra contienda se cometieron graves errores, desmanes y crímenes. En otras palabras: porque ninguno de los dos bandos habría tenido razón. Sin embargo, para una comprensión cabal de lo que *Descargo...* significa, es importante comprender las razones y sinrazones de aquel conflicto. Primero, deslindando crímenes y errores de los motivos ideológicos y programáticos; después, volviéndolos a conectar para atisbar de qué manera esa conexión caracteriza a unos y a otros. Pese al crimen que tanta razón quita siempre a quien lo comete, no puede excusarse la puntualización de cuál de los dos bandos era el poseedor de la razón histórica o, al menos, de mayor razón que el otro. Decir que las razones y sinrazones estuvieron repartidas al cincuenta por ciento es refugio frecuente entre quienes procuran no enfrentarse con el examen de las sinrazones a que han servido; un cómodo expediente que a ninguna inteligencia recta puede satisfacer. Pues bien, ante esta cuestión ineludible, *Descargo...* no es un libro de simple lamentación «humanitaria», sino bastante más, y esto es lo que hay que tener presente para comprenderlo. Como corona de anteriores asertos de su autor aparecidos en otros escritos, *Descargo...* entraña juicios sociales y políticos que a todos nos afectan, aunque el claro humanismo de su autor dé al libro, a primera vista, la apariencia de un desahogo efectuado bajo impulsos únicamente humanitarios. Son los juicios que en él subyacen los que le dan su mayor consistencia, y sin la necesidad de proponerlos, presumo que no habría sido escrito.

Tampoco se ha escrito —y es la primera vindicación que a su autor se debe contra la siempre despierta maledicencia ajena— para facilitarse acomodaciones políticas ante la transición española efectuadas «a toro pasado». La redacción de una obra como ésta acarrea incomodidades, no acomodaciones, y bien lo acredita la suma escasez de otras que se le parezcan. Pero, además, la desgarrada declaración que en ella se desarrolla y culmina tiene antecedentes en anteriores páginas de Laín y en su propia vida; antecedentes más que incómodos, incluso peligrosos, bajo la dictadura de Franco.¹ Como otros intelectuales de la facción vencedora que tuvieron la honestidad y el valor de abandonar sus convicciones iniciales y la causa política a que sirvieron, sabido es que Pedro Laín lo hizo a su vez hace muchos años y que lo confirmó frecuentemente en sus escritos. Ver en ellos, según algunos se obstinan en querer ver, calculadas defecciones con

¹ Conocidos son, pero de algunos de ellos puedo dar fe. Pues, con otros muchos, nuestros nombres respaldaron juntos, en diversas ocasiones, actuaciones y documentos que sólo amenazas y reveses podían reportarnos y que efectivamente nos reportaron.

vistas al futuro, es ignorar de mala fe el precio que se podía pagar al llevarlo a cabo. Precio en daños concretos y en incomprendiones o desdenes no menos dolorosos a veces.

Entre los que, por guardar memoria suficiente de estos antecedentes, no pueden tildar a *Descargo...* de tardía operación interesada, hay, no obstante, quienes aducen que Laín nunca se arriesgó hasta los extremos a que llegara, en su valerosa y sostenida ruptura política, Dionisio Ridruejo, sometido por ella a estrecheces, prisiones y destierros. Pero Laín nunca presumió de igualar a Ridruejo en ese sentido, y en el libro lo reconoce con espontánea sinceridad. Veamos algunas de las citas en que lo proclama, la primera de las cuales es, además, fundamental expresión de sus determinaciones posteriores al conflicto bélico. A la pregunta de qué hicieron los componentes del llamado por él «*ghetto al revés*» de Burgos, y de qué hizo él mismo después de la guerra, contesta así:

... más honrada que gallardamente debo responder diciendo que, en esencial esquema, cuatro fueron mis acciones: dolerme en privado de que las cosas —unas sabidas con certidumbre, semisabidas otras— fuesen como realmente eran; pecar por omisión o por deficiencia, puesto que nunca denuncié hasta donde me fuera posible una realidad tan objetivamente injusta y, a la vez, tan básicamente opuesta al logro de la España posible y deseada; sentir que se iba definitivamente enfriando mi vinculación a la España entonces oficial, sin la valentía, tan clara y temprana en mi amigo Dionisio, de romper abiertamente con ella; actuar cuanto me fue posible en favor de los perseguidos por la justicia.

A Ridruejo se refiere también muy principalmente, sin duda, cuando afirma en otro lugar.

Más que yo hicieron algunos; menos que yo, muchos.

De cuanto él hizo, Ridruejo fue el primero en tener conocimiento, y el primero en salir en defensa de su amigo ante el injusto ataque sufrido por éste en ocasión no muy lejana todavía. Sobre haber sido lealmente reconocida por Laín, la diferencia entre ambos no empequeñece a éste; entre otras razones, por ser muy difícil llegar a hacer tanto como Ridruejo hizo. Y reside, más que en otra cosa, en el carácter del uno y el otro. En su combativo apasionamiento, Dionisio no podía dejar de fundar partidos, redactar programas e instrumentar acciones; desde su desapego a toda profesionalización política y su vocación por la filosofía especulativa, mal habría podido Pedro, en verdad, entregarse a todas las aventuras de la oposición con la ardiente resolución de Ridruejo. Pero sí a algunas, y no deben ser olvidadas. En ellas acompañó a Ridruejo y a otros, si bien por imperativos éticos más que por personal afición. Y si en sus años mozos pudo ingresar en la Falange inducido por los espejismos de la contienda, y aun escribir un par de opúsculos fascizantes que hoy le sonrojan, con todo ello rompió expresamente en 1956.

Se abstuvo, sí, de ingresar en ningún otro partido, mas no de compartir riesgos y contrariedades de otras personas que estaban en ellos. Y sin afiliación concreta ha seguido cuando los partidos se han legalizado, evitando imitar la notable prontitud en afiliarse de no pocos demócratas de nuevo cuño. A quienes hayan sospechado en su *Descargo...* intenciones de rentabilidad política ulterior, el alejamiento de su autor de toda militancia, prebenda o cargo público debiera persuadirles de la limpieza con que este libro reemplaza la procura y disfrute de tales cosas. Y también de cuán excep-

cional resulta ser el empeño cristalizado en el libro; pues si «algunos» han sufrido reveses mayores que los soportados por Laín, y otros, sufriendolos en mayor o menor grado según los casos, han evolucionado sinceramente desde su totalitarismo juvenil hacia posiciones liberales honestamente asumidas, apenas pueden señalarse más ejemplos concluyentes de rectificación en regla que los de Ridruejo y Laín. Con todo el bagaje necesario de razones y aclaraciones, sólo ellos dos han osado proferir el rotundo «me equivoqué» que tanto honra a ambos. Y en cuanto al *mea culpa* prodigado por Pedro en éstas y en otras páginas, notemos que resulta, quizá, aún más corajudo —por más conturbado— en *Descargo...* que en los escritos de su amigo Dionisio.

Conturbado porque, si no llega a ser una confesión de intimidades, se halla más cerca de ella que del mero libro de memorias. Recordemos las palabras del prólogo en que el autor declara su más turbadora intención:

... mostrar por mi parte —alguno lo hizo antes— que en nuestro país, tan socialmente dominado por el hábito de confundir la dignidad con el monolitismo, aquélla, sin la menor mengua de su fortaleza, es perfectamente compatible con un leal ejercicio de la palinodia.

Este es el objetivo. Mas, en virtud misma de su decisión de lograrlo a fondo, convertirá su rectificación en una palinodia turbada y turbadora para sí propio. Con el fin de salvar sin mengua la fortaleza de la dignidad, habrán de recordarse y deplorarse las ocasiones en que, más que fortaleza, hubo relativa debilidad. Pero relatar anteriores debilidades es justamente lo que confiere al libro su fortaleza. Y al publicarlo se acredita, no sólo la dignidad *actual* de Laín, sino la base inconvencible de dignidad que le sostuvo durante su vida entera, incluso en esos momentos de flaqueza que todos tenemos.

Atenido al dictado de su dignidad y para ejercer plenamente en *Descargo...* su palinodia, Laín venía ya adelantándola, aquí y allá, desde mucho tiempo atrás. Y es que, a solas consigo mismo, nunca había podido tomar a la ligera, sino muy en serio, *la empresa de ser hombre*. Este empeño dio título en 1958 a uno de sus libros, pero le había llevado antes a prestar ayuda a perseguidos, a defender la necesidad de seguir contando con nuestros mejores escritores y pensadores contra su condena por la ideología imperante, a romper en 1956, ya se ha dicho, con el Partido oficial... Y en ese mismo año estampará, en la *Revista de Occidente*, el contrito *mea culpa* tantas veces reiterado después en *Descargo...* No comienza, pues, en este libro la palinodia; más bien —por el momento— en él culmina.

Hay unos párrafos en *La empresa de ser hombre* que iluminan bien lo que sucede en el interior de quien se proponga, aun cuando sea a costa de embarazosas confesiones, alcanzar verdadera humanidad:

«Ultra», todos lo saben, vale tanto como más allá; «trans», por su parte, significa «a través de». Pues bien: el hombre es el ente cuya permanente operación consiste en existir a ultranza a través del mundo y del tiempo; más allá y a través de. La última parte de este libro —«Hombre solo»— declara algo del personal modo con que yo me siento vocado en la ejecución de esa secreta «ultranza» que es la empresa de existir humanamente.

La vocación de ir siempre más allá en la empresa de ser hombre no podía disiparse en el libro así titulado ni en ningún otro de los de su autor. Y tenía que llegar por fuerza a *Descargo...*, no como fin del empeño sino como persistencia en el mismo.

Es ante ese espejo del libro, hecho de mundo y tiempo, como Laín podrá seguir persiguiendo la «ultranza» de su hombría.

Conviene remachar algo ya apuntado al paso: esta obra, no obstante su carácter de acongojada palinodia, no es una enfermiza revelación de intimidades. Se abstiene de exhibir las singularidades y mezquindades de la vida privada según el estilo de ciertas «Confesiones» famosas. Lo que al autor aquejaba era la obligación de asumir públicamente *responsabilidades* mediante el reconocimiento de sus insuficiencias políticas y cívicas. No pretende descubrir individuales miserias, sino confesarnos sus remordimientos de orden social. Si el fardo que descarga es personal, es también el de muchos otros españoles, y de ahí, la ejemplaridad de descargarlo ante todos nosotros. Alguna que otra vez asoman personales amarguras en las páginas del libro, pero no se ostentan. Tampoco se insiste en un recuento de agravios ni se da suelta al encono por haberlos recibido. Si algunas espinas se saca cuando la vejación pasó de la raya, aun eso lo hace con mesura. Su tono es siempre recatado; la descripción de ajenos errores, ponderada y discreta. Un libro de sincera autoacusación no debe excederse en la acusación a otros.

¿Por qué hay personas necesitadas de descargar pesos que les agobian moralmente, antes de clamar por los ajenos fardos? ¿Por qué algunos —¡cuán pocos!— terminan por escribir libros como éste, empujados por el dinamismo de esa «secreta ultranza» que es existir humanamente? La palabra está muy gastada, pero sigue siendo insustituible y Laín no pudo prescindir de ella en su título. Esas personas tienen *conciencia*, y no, ciertamente, al modo desmayado y fluctuante que caracteriza a la mayoría de las conciencias individuales.

Padecer —pues es un padecimiento— la posesión de una conciencia exigente, es natural que haga sobremanera ardua la realización de un libro como *Descargo...* Hay que mirarse y remirarse en el espejo de las cuartillas escritas, desempañarlo tenazmente y procurar además un sostenido logro literario; pues, sin el artificio de dosificar revelaciones y recuerdos mediante un calculado manejo del idioma, tampoco es, paradójicamente, comunicable la sinceridad. En esa difícil pugna acechan al escritor, por un lado, las sinuosas trampas del lenguaje; por el otro, el duro trabajo de percibir los rasgos verdaderos en el hipotético espejo donde se observa. Pues nadie se conoce a sí mismo con entera transparencia, y Laín no lo ignora cuando dice:

... mi yo actual, sobre el que simultánea y secretamente están operando una voluntad de autojustificación, porque humana es la pretensión de salvarse a sí mismo, y una exigencia de autocensura, porque también es humana la posesión de un fondo insobornable en el seno de la intimidad propia.

De nuevo, la «ultranza», bajo cuyo mandato se ha ido escribiendo la obra. Que el «fondo insobornable» salió airoso en sus páginas de la lucha con el prurito de autojustificarse, es evidente para quien la lea sin aquella obstinación en «contraleer» de que habló Ortega. Únicamente Laín sabrá el esfuerzo que le habrá costado este libro; esfuerzo de expresión y de autoanálisis. Aunque desconozca la intensidad con que ello acontece, el lector advierte que el texto forcejea consigo mismo. Los pasajes titulados «epicrisis» procuran, incluso si lo más grave se ha dicho, sajar algo más con el escalpelo de quien, por ser médico, así los llama. A veces estas «epicrisis» adoptan tonos justificativos que siempre tendrían, según el mismo autor nos ha avisado, humana razón de ser;

tales justificaciones no traicionan, sin embargo, la resuelta decisión de ser veraz. Y ello es más que bastante, pues nadie puede precisar —ni escribir— toda la verdad, si es que cabe afirmar que haya, en la oscura sima de la mente, verdades definitivas. Laín lo sabe bien:

... lo más íntimo de los sentires humanos, eso que acerca de cada uno sólo Dios sabe de veras, no puede ser íntegramente vertido en los toscos y tópicos odres sonoros que llamamos palabras...

Tal imposibilidad no será, para el «contralector», sino una excusa. Y con media sonrisa irónica, acaso asevere ante libros como éste: «el autor no lo ha dicho todo». ¡Claro que no! A la ultimidad de sus sentires, que ni siquiera él conoce de veras, nunca habría podido llegar. Pero si se presumen silencios acerca de incidentes demasiado penosos de los que sí tenga el autor cabal recuerdo, hay que decir que sólo él puede saber si los hubo o no, y que, si los hubo, nosotros no tenemos el derecho de preguntarle por ellos. (Yo me atreví a formularle una pregunta de ese tipo, de la que pronto hablaré; no debí hacerla.) Si ha dicho lo principal, un libro de tan fecundas conclusiones no está obligado a decirlo todo. Y es el propio autor quien aludió, en anterior escrito, a la imposibilidad de ciertas confesiones completas. En el prólogo a su obra de teatro *Entre nosotros*, publicada quizá cuando *Descargo...* se estaba elaborando, nos dice, y se dice a sí mismo:

La benevolencia y la beneficencia son, diría un matemático, condiciones necesarias de la amistad: la confianza —que nunca puede ser total, que siempre debe ser parcial— es su condición suficiente.

Como la enorme confianza que es, *Descargo...* no tiene el deber de incluir cuanto en el pasado pudiera apesadar el ánimo de su autor. Si revela las más aleccionadoras tribulaciones, el libro alcanzará condición más que suficiente para *beneficiarnos* y obtener nuestra amistosa *benevolencia*. A sabiendas de que le acarrearía suspicacias y enemistades, su autor requería, con esperanza, amistades verdaderas al escribirlo. En *La empresa de ser hombre* había dicho ya:

«Hablando se entiende la gente» solemos decir los españoles con doble acierto; porque hablando entiende un hombre a otro hombre y a la vez se entiende a sí mismo. Aunque esa manera de entender al otro y de entenderse a sí mismo puede ser llamada «malentendimiento» en tantas ocasiones.

Dieciocho años antes de *Descargo...* Laín advertía, pues, los pros y los contras de cualquier confianza hecha con intención amistosa en aras de nuestra mutua humanización; ninguna sorpresa le habrá causado que este libro haya sido malentendido por algunos, y no poca alegría comprobar la buena voluntad de muchos otros que le habrá deparado.

Es posible, sin embargo, que entre estos últimos se hallen personas para las que el sentido y el mérito de *Descargo...* estribe esencialmente en su humana repulsa de todo crimen: lectores que, pese a no pocas páginas muy claras, *deseen* atribuir al libro la implícita condena *de toda política a la que el crimen macule*, lo que equivale a condenar toda política. Y es a estas personas, más aún que a los suspicaces, a quienes me gustaría hacer reflexionar acerca del hondo problema, ya apuntado, que en *Descargo...* se plantea.

Abundantes palabras de Laín, a lo largo del libro y en años anteriores a éste, impiden resumir su sentido final en una especie de neutral meditación humanitaria, aunque su preocupación por los derechos humanos sea una de sus bases permanentes. No creo que fuese el conjunto de crímenes, al fin reconocido, el que le separara del franquismo, aun cuando actuase de poderoso coadyuvante para inducirle a ello. Al llegar a ser sabedor de esta sangre resuelve mantenerse personalmente limpio de ella, pero no deja su actividad política dentro del campo en que se vertió; cuando rompe al fin con éste, presta apoyo ocasional a otras causas tampoco libres de asesinatos. Para comprender mejor estos aspectos, recordemos lo que dice en la «epicrisis» del capítulo IV. Son palabras dirigidas a sí mismo por su *alter ego* «el Juez»:

Ante una situación en que ejecutivamente se decidía acerca de una existencia humana, tu conciencia vivió su propia, personal responsabilidad, y supo salir de la prueba con seriedad y decoro. Con decoro, porque decidiste no mancharte las manos y proceder siempre, con la acción o con la pluma, en defensa de la vida y la integridad de los hombres (...) Con seriedad, porque tu resolución no fue el apartamiento aséptico, la huida a la hipotética pureza de una torre de marfil, sino la permanencia en la misma realidad que te había hecho sentirte responsable. Es cierto que el verdadero decoro consiste en no mancharse las manos; pero a condición de que el recurso para lograr su limpieza no sea meterlas en los bolsillos. Aunque el barro de la realidad hiera y manche, sólo afrontando ese doble riesgo se es de veras limpio.

Aluden los anteriores párrafos al penosísimo trance, relatado en el capítulo que los precede, de tener que presenciar, uniformado, el fusilamiento de un detenido, y al angustiado examen de conciencia que, guarecido en iglesia próxima, hubo de hacer. Se preguntó entonces, sin osar responderse, si habría él disparado, de formar —lo que estuvo cerca de suceder— en el pelotón de ejecución. En adelante pondrá su mayor cuidado en alejarse de toda actuación cruenta y ello le permitirá decir en el libro, sin alarde pero con indisimulable satisfacción, al referirse a su instrucción en el campo de Paterna: «Entrenamiento en el cual yo disparé los únicos tiros de mi vida...»

Esto le diferencia de otros que sí dispararon, y no ya en la dura obligación de la acción militar, sino en la tenebrosidad de las «acciones de limpieza». Es, pues, una diferencia por la que se puede sentir orgullo. Pero él sabía bien que la responsabilidad por los horrores que a su alrededor sucedían le alcanzaba en alguna medida, si seguía adherido a la causa que los hizo posibles. De ahí, esa contradicción que no dejará de «pincharle moralmente» y que para tantos ha sido y es de solución difícil. Pues resolverla metiéndose las manos en los bolsillos no es, en efecto, solución, sino inhibición. Habrá, por consiguiente, de atravesar guerra y postguerra sin mancharse directamente, mas sin dejar de servir a la política elegida con la ilusión —decreciente— de que, a fuerza de acopiar actuaciones intachables, quizá un día se vuelva limpia la causa que tan suciamente comenzó. En suma: o se retira uno a la aséptica torre de marfil —que en el cataclismo de nuestra guerra equivaldría a la huida al extranjero de otros— o hay que permanecer y trabajar en la patria, en el uno o en el otro bando y a despecho de los crímenes, ya que en ella es donde mucha otra sangre generosa está ventilando el porvenir.²

² Que la tranquilidad de no haber disparado contra nadie no basta para pacificar una conciencia, el libro entero lo demuestra. Pero, aun no habiendo sido ejecutores personales, el crimen de los demás es también

Soportar esta perpleja lucha interior sin dimitir de la actuación es, creo, lo realmente ejemplar. Lo «de veras limpio», según las palabras de Laín. Pero, antes de planteárnoslo unos y otros con rigor intelectual, nos indujo, en la década del 36, a justificaciones inconsistentes. Y la primera, tantas veces invocada —¡hasta hoy mismo!— en las filas a que perteneció Laín, es aquella de que los «rojos» eran los más criminales. Una falacia que hombres como nuestro escritor no podían creer de buena fe indefinidamente. Y aunque —como alguien ha apuntado— el problema no puede reducirse a una confrontación aritmética, no está de más recordar hoy que el mito de un bando de caballeros en lucha contra asesinos vulgares, orquestado por los vencedores hasta nuestros días gracias al silencio forzoso de los vencidos, no ha resistido la prueba documental ni siquiera aritméticamente, y no digamos ya si se tiene en cuenta la represión posterior a la victoria. Humano era que Laín se acogiese al principio a ese endeble disculpa cuantitativa, pero su clara inteligencia no podía dejar de percatarse, con el tiempo, de su mendacidad. Con parquedad, *Descargo...* dice de ello lo bastante. Tras enterarse del asesinato de su suegro en Sevilla se recuerda Laín «más y más forzado a considerar que “los otros” habían hecho, a este respecto, tanto o más que “los míos”». Y aclara en nota al pie: «Sí, pero entre los otros siempre hubo alguna voz denunciadora. La voz que ni durante la guerra civil, ni después de ella, ha sonado públicamente en las filas “nacionales”. Retornará este tema.» Esa puntualización ante el siempre impreciso problema aritmético es valiosa: denota ya, en el ánimo del escritor, un balance de actitudes políticas que, en cuanto a la posición ante los crímenes, bascula a favor de *la política republicana*. Y que el mito «aritmético» tampoco le engañaría indefinidamente, lo ha acreditado, pocas páginas antes, al decir: «¿... no están haciendo “los otros” exactamente lo mismo que éstos, y acaso —creía ingenuamente yo— en mayor medida y de más cruel modo?» Es en el presente cuando nos refiere *su pasada ingenuidad*; ha quedado, pues, para él más que dudosa al fin la mayor suma de crímenes y de crueldad imputada a la zona republicana.

el nuestro. Y nadie que haya vivido la espantosa tragedia española puede dejar de pensar en lo cerca que pudo hallarse de verse forzado a obedecer órdenes terminantes, o incluso de cumplir, por fanatismo, el «deber político» de matar a seres indefensos. Si Laín escapó a estas infamias, se me permitirá en esta nota declarar que yo también escapé de ellas. No llegamos a tener «las manos sucias», pero quizá no podamos envanecernos de que ello se deba a nuestra integridad moral y no, al menos en parte, al azar que las mantuvo limpias, lo cual no excusa totalmente del crimen general. Esa zozobra irremediable es una de las causas que, decenios más tarde, origina libros como «Descargo...», o bien atormentadas obras de teatro donde el problema del crimen ligado a casi toda acción política se plantea doloridamente. Es el problema de la insuficiencia moral del comportamiento individual sin tacha, desde el momento en que no nos resignamos a la parálisis histórica y a la injusticia social. Y si, por encontrarlo asimismo inaceptable moralmente, el repudio de toda acción personal violenta no nos lleva al de toda acción política, una y otra vez hallaremos tan frecuentemente segregada por ésta la atrocidad criminal, que no podremos dejar de preguntarnos si no será en el fondo más despreciable aún nuestra privilegiada limpieza de lo que lo son quienes entretanto se ensucian las manos. En esta quizá insoluble contradicción no cabe, sin embargo, otra cosa que optar por la limpieza y propagarla cuanto nos sea posible, sin abandonar la acción y por horribles que sean las circunstancias que nos cerquen. Si no podemos —todavía— suprimir las guerras, humanicémoslas lo más que podamos, aunque esto de humanizar guerras se preste tan justamente al comentario irónico. Si no es posible —aún— suprimir la violencia histórica, aclaremos que ésta consiste en la violentación de instituciones y estructuras sociales dañinas parapetadas tras su propia violencia, o en la modificación drástica de un ordenamiento jurídico injusto que se niega a desaparecer; pero que no debe consistir en la victimación de hombres indefensos. Todo un programa utópico, cierto; pero la más ingenua utopía puede llegar a realizarse si la asumimos tenazmente.

A estas primeras reflexiones de apariencia humanística se han incorporado ya, por consiguiente, consideraciones políticas. Se recordará que esa era, a mi juicio, la lectura más significativa que podía hacerse de este libro. En él se refleja una revisión del ideario político, motivada por sus fallas intrínsecas y no sólo por los desmanes que a su amparo se cometieran. Y es desde esas fallas desde las que éstos van siendo, más o menos tácitamente, sopesados.

La progresiva autorrevelación que el libro describe al respecto descarta el suponer a Laín mero «hombre de derechas». Si su autor no fuese más que eso, *Descargo...* habría sido, *a lo sumo*, «humanista», y carecería del aire procesal que lo avalora. Es posible que, en los años de su juventud, se pudiera considerar a su autor «de derechas». De esa inicial inclinación el propio escritor ha dicho algo al rememorar juveniles deficiencias:

Adolescencia tardía, patente ingenuidad, «culturalismo» excesivo, *mínima consideración del esencial ingrediente socioeconómico de la vida*, incapacidad para advertir que, tal y como realmente estaba planteada y conducida, nuestra guerra civil había de llevar por fuerza a una situación muy distinta de esa soñada «asunción superadora...»

El subrayado es mío y apunta al hecho de que tales deficiencias eran, fundamentalmente, características de numerosos jóvenes que, mal dispuestos a entender los desequilibrios socioeconómicos españoles, quisieron ver en el falangismo, o en otras supuestas panaceas políticas de tendencia conservadora, una ilusoria superación de los conflictos de clases y de la dicotomía derecha-izquierda, sin querer reparar en que la plataforma social derechista seguía sustentando sus actividades políticas. Aunque sea tardía, la capacidad de reconocer esto es la que saca a cualquiera del marco derechista; con la anteriormente transcrita y con otras autocríticas, Laín confirma su no pertenencia al mismo. Al comentar la cobardía de algunos sevillanos antes del ya mentado asesinato de su suegro —un correcto ciudadano sin otro «delito» que el de ser miembro de Acción Republicana—, nos dirá:

... esos dos amigos de mi suegro (...) comenzaron a enseñarme en vivo algo que más tarde tantas y tantas veces había de ver yo: la incapacidad de nuestra derecha para la denuncia de cualquier fechoría cometida en aras del que ella considera «su orden». Aunque en ocasiones ese derechismo se haya tácticamente disfrazado de «vida piadosa», de «tradicionalismo» o de «falangismo».

Y todavía, en otro pasaje del libro, con insistencia que revela su obsesión por el tema cuyo retorno ha anunciado:

... La al parecer invencible incapacidad de la derecha española para hacer pública y dolorida confesión de sus propias faltas. Azaña y Prieto denunciaron los crímenes de la España «roja»; en la España «nacional» no hubo actitudes equiparables a las suyas.

¿No es suficiente? Pues aún resaltará su discrepancia de la derecha, cuando en la nota 14 de la página 210, comenta al «redicho y engolado ensayete» que publicara durante la guerra en el primer número de *Jerarquía*:

Con retórica litúrgico-falangista, lo titulé «Sermón de la tarea nueva», y en él recogí algunas ideas de mi anterior etapa valenciana en torno a los deberes del intelectual cristiano. Una parte de lo que allí digo, lo sustancial, lo suscribiría hoy, aunque de otro modo escrito. Otra parte la encuentro a la vez *derechista y fascista*. (Subrayado mío.)

A través de la pesadumbre de haberla compartido, lo que en este libro se configura es la *sinrazón básica* de los sublevados; el error de haber militado al servicio de una causa que, en castellano, lo que verdaderamente pretendió fue perpetuar las injusticias sociales, las intolerables estructuras económicas y el aplastamiento de las libertades. Y la sinrazón advertida no podía dejar de abonar, en el libro, la *razón básica* de los que perdieron:

La experiencia y el recuerdo de la guerra misma habrá suscitado la autocrítica en más de uno [de los vencidos], al menos en el seno de su intimidad; pero cuando las razones profundas del vencido no han llegado a ser abolidas por la victoria del vencedor, más aún, cuando en tan buena parte han sido una y otra vez confirmadas o reforzadas, encuentro perfectamente lícita y comprensible la resistencia a revisiones muy expresas del pasado propio.³

Esas razones profundas del vencido son tan claras que Laín, católico fervoroso, no titubea en su comentario de la gestión social de la Iglesia española y de los mártires inmolados por su fe en la zona republicana —es decir, quizá los dos aspectos que más han magnificado los vencedores y en los que más se han apoyado para calificar su levantamiento de «Cruzada»—, al enunciar:

La obligación que la Iglesia española tuvo y sigue teniendo de preguntarse por las causas psicológicas, históricas y sociales de esa ferocidad contra ella por parte de un pueblo que había sido suyo.

Palabras discretas; pero no faltan otras más rotundas que explican cómo la Iglesia continuó en la postguerra el ejercicio de sus viejos errores. Me dispensaré de la larga cita; remito al lector a la página 289 de *Descargo...* Sí reproduciré en cambio, por evidenciar la sostenida lucidez de nuestro autor ante las hondas motivaciones y sinrazones de la guerra, lo que ha dicho, más recientemente, en *La guerra civil y las generaciones españolas* (Madrid, 1978):

El hábito psicosocial de la guerra civil se instauró entre nosotros cuando, a raíz de la guerra de la Independencia, el liberalismo comenzó a poner en peligro la instalación de la España tradicional en sus creencias y sus privilegios seculares; en las creencias y en los privilegios de *los titulares y beneficiarios de esa España*. (Subrayado mío.)

En resumen: ni a Laín se le puede situar en la derecha, ni su *Descargo...* es una simple confesión humanitaria. El libro describe un remordimiento, pero, en él apoyado, traza la evolución política de un español forzado a reconocer las equivocaciones de que partió y las razones de quienes perdieron. Y no se piense que, al seleccionar citas, he pretendido acercar el sentido del libro al de mi propio pensamiento político, por el sistema de entresacar lo poco que a ello pudiera ayudarme. Quien lea *Descargo...*

³ Sin embargo, junto a otras no exentas de oportunismo, no han faltado algunas entre los vencidos que se deben considerar sinceras. Por la curiosa semejanza que ofrece con muchas de las palabras de Laín, citaré un solo ejemplo. En las «Conversaciones con R. J. Sender», de Marcelino C. Peñuelas (1969), se recogen estos asertos del novelista: «Durante la guerra civil todos éramos culpables de lo que estaba pasando, unos por acción, otros por omisión. Mi culpabilidad era por omisión. Yo no disparé la pistola una sola vez en toda la guerra, y no permití que cerca de mí se matara a nadie. Pero podría haber protestado más de lo que protesté. Me habrían echado del país o me habrían fusilado pero debía haber protestado más, porque yo sabía que sucedían cosas terribles. Entonces al final de la guerra me sentía culpable y sigo sintiéndome culpable. Supongo que a cada español con conciencia le pasa lo mismo en un lado y en otro.» (Citado en «El anarquismo en las obras de Sender», de Michiko Nonoyama. Madrid, 1979.)

encontrará sin trabajo muchas otras aserciones y revelaciones corroborantes de las escasas que aquí figuran. No le superpongo al libro ningún significado que en él no aparezca; sólo procuro que el lector distraído pare su atención en algunos de los más aleccionadores.

Por estos significados, a mi ver indudables, pero por barruntar que quizá no estarían lo bastante explícitos para el lector corriente a que me refiero, me aventuré a proponer a Laín, en el acto de presentación aludido al principio, el tema de algunas de sus posibles dudas en los comienzos del proceso ideológico que le llevara, desde el «derechismo» adolescente, al liberalismo de su madurez. Al hilo de la lectura había recordado yo que él y su hermano, no obstante convivir en hogareña armonía y compartir la misma educación, pronto difirieron en sus opiniones políticas; y, dado el carácter de juicio político que el libro poseía, echaba yo de menos en él algunas confidencias más detalladas respecto al ambiente familiar de sus años mozos. Concretamente, me interesaban las posibles vacilaciones de Laín, si las hubo, en los tempranos diálogos que debió de tener con su hermano. Torpe pregunta, a la que ya me he referido y por la que vuelvo a excusarme. He explicado anteriormente lo acertado que me parecía el recato del libro. Si las inconsistencias ideológicas de la juventud han sido en él lealmente reconocidas, las fraternales discusiones —si las hubiera habido— no tienen por qué aparecer en páginas tan pródigas de otros recuerdos. Ningún derecho tenemos a inquirir tales pormenores personales, y menos cuando, a pesar de sus opuestas militancias, él y su hermano mantuvieron, hasta la reciente muerte de éste, estrecha y cálida relación.

Algo me alivia recordar que mi pregunta, unida a otra de la que en seguida hablaré, no obligaba a explícita respuesta. Con bienhumorada melancolía recibió Pedro ambas y, sin extenderse en explicaciones que entonces habrían resultado inoportunas, vino a agregar noblemente la tristeza que le causaban a la general pesadumbre declarada en su libro. Breves fueron sus palabras; sobradas, sin embargo, para confirmar la calidad de extraordinario regalo al resto de los españoles que es *Descargo...* y la humanísima condición de su autor.

En mi propósito de destacar el verdadero sentido del libro, mi otra pregunta se apoyó en la tremenda frase de «Dios nos asista», el memorable artículo de Larra, donde se lee: «Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo». De hecho, la respuesta a la gran cuestión planteada por esas palabras parecía hallarse implícita en el libro. Mas yo pretendía dejar claro, ante los asistentes al acto, la necesidad de afrontar con decisión ese magno problema; y que quizá, por ello, la conclusión que se podía sacar de algunas de las consideraciones de Laín en *Descargo...* habría podido formularse de modo aún más expreso. Con su discreción, difícilmente habría podido incluir Pedro en su texto una frase similar a la de Larra; yo me creí obligado a citarla por entender que era una posible consecuencia de cuanto en el libro se nos relataba. Algunas de las citas anteriormente recogidas muéstranse cercanas a esa estremecedora declaración, que un escritor dolorido y genial tuvo el valor de hacer ciento cuarenta años antes. Pero, si bien en aquel acto Laín se abstuvo de glosar la frase por mí recordada, paréceme claro que él, de suscribirla, no lo haría al pie de la letra, si «estar por» determinados asesinatos se interpreta en el sentido de que se recomiendan o se aplauden. Y puede afirmarse sin dificultad que Larra tampoco recomendaría nin-

guno: sus palabras se insertaban en reflexiones históricas —de asombroso rigor en su tiempo— que hacían evidente la necesidad de ponderar en balanzas muy distintas los asesinatos de la reacción y los cometidos por un pueblo oprimido cuando se desborda. «Estar por» estos últimos fue la manera de expresar esa insoslayable diferencia. Pues bien, sin descontar lo inadmisibile de todo asesinato cometido en persona indefensa y sin olvidar el hediondo origen de tantos de ellos en inquinas personales, sentimientos de embriagada petulancia por disponer de la vida de otros o sadismos disfrazados tras la máscara de «ejecuciones políticas», no es lo mismo el estallido de un pueblo expoliado contra opresores que no le dejan otras vías de protesta, que el crimen del opresor contra el oprimido que osó pedir algo más de justicia: esto lo sabemos en España desde *Fuenteovejuna*. Y también sabemos, por ejemplo, que no es lo mismo matar a un despreciable confidente o a un torturador que a un pobre cura de misa y olla o a un inofensivo afiliado a un sindicato. Recusables e intolerables son todos esos crímenes y no se puede aprobar ninguno de ellos; menos aún, llegar al delirante disparate de que los crímenes de un bando —del que sea— se condenen por el otro como repugnantes salvajadas, al tiempo que se exaltan como hechos gloriosos o, al menos, como «necesaria severidad», las atrocidades del bando propio, en el caso de que no sean, simplemente, negadas. Hay algo que se llama la dignidad humana y que, por respeto a nuestra propia condición, nos veda todo atropello de víctimas indefensas. Quien no respete a un ser humano inerme se desprecia a sí mismo, aunque no tenga conciencia de ello. Y estamos obligados a recordarlo porque todavía hoy se oye llamar «patriotas» a unos asesinos y exaltar a la categoría de deber —en España y en el mundo— el atentado anónimo contra ciudadanos pacíficos. Nada diré de lo que al respecto puedan pensar ciertos sectarismos reaccionarios, porque no me atañe. Pero entiendo que, en la perspectiva política democrática, e incluso en la revolucionaria, la única manera de demostrar ya la grandeza de sus objetivos es la de imponer los medios y los hombres intachables que los honren y acrediten. En la paz, mientras ésta pueda preservarse; pero también, y aún más, en la confrontación armada, si las tensiones sociales vuelven, desgraciadamente, a hacerla inevitable. Y éstas son, entre muchas otras, algunas de las cosas que deben meditarse si queremos entender de veras lo sucedido en nuestra guerra civil y en nuestra postguerra; si queremos, por lo tanto, advertir lo que el espejo que es *Descargo...* nos enseña.⁴

⁴ La frase de Fígato y el artículo a que pertenece invalidan todo intento posterior de regresar a un humanismo atenido únicamente a la moral individual y desentendido de problemas colectivos. Sin embargo, esa moral «natural» es la que se invoca todavía cuando alguien, como Laín en su libro, muestra la magnitud de la cuestión. El pensamiento conservador ante «Descargo...», o bien procurará asimilar la obra a un humanitarismo apolítico para aceptarla, o bien la rechazará porque no es un libro de simple humanitarismo apolítico. Pero como este rechazo no proviene en realidad de ningún apoliticismo, sino de posiciones politizadas que se sienten molestas por la defección de un antiguo compañero, que la obra se atreva a condenar la política de los vencedores y a considerar las razones de los vencidos suscitará irritadas reacciones e injurias. Por su semejanza con otras por mí experimentadas, ruego nuevamente que se me tolere una declaración personal acerca de éstas: será la última. Comprendo que, por su extremada autorreferencia, podrá parecer impertinente; pero abstenerme de toda alusión a lo que voy a recordar parecería en cambio hipocresía. Si el libro de Laín, según mi criterio, es un espejo para todos, estoy en cierto modo obligado a reflejar aquí algo de la imagen de mi vida que diviso cuando en él me miro y a dar razón de penosas intimidades propias guardadas de ordinario. Vaya, pues, como mínima correspondencia inexcusable a las numerosas que Pedro nos ha brindado, mi dolorosa confidencia. El hecho es ya bastante conocido y hasta se ha consignado en libros; trascendió poco a poco y, en algunas ocasiones en que me lo preguntaron, creí que no debía mentir

Si la lección de este libro, como la de la conducta de su autor, desagrada profundamente a algunos antiguos correligionarios de éste, no ha de pasarse por alto que tampoco parece haber sido bien recibida por alguna —sólo alguna— gente de la izquierda. La dureza de nuestras luchas civiles, consecuencia de seculares desequilibrios sociales no resueltos; el trauma de la derrota y de todos los horrores y penalidades que trajo consigo, aún vivo en tantos que los sufrieron, motiva a veces desdenes y desvíos ante quien haya sido colaborador del régimen de Franco. Y, desde esa «pureza» que Laín ha sabido comentar como era debido en su texto, hay quien propende a despreciar cualquier evolución política de anteriores adversarios. ¿Habrà que esclarecer todavía lo negativo de tales reacciones para la empresa de salvación política y social de nuestro país? Rechazar a hombres que han reconocido sus pecados de uno u otro modo, en nombre de un izquierdismo que se considera —a menudo con notorio optimismo— impecable, no sólo es inhumano; es también un dislate político. Persuadido de que las razones básicas del pueblo en armas fueron inobjectables, el hombre de izquierdas que sigo siendo entiende que el abrazo con personas como Laín —y bien estrecho, después de un libro como *Descargo...*— es necesario para la reconstrucción de nuestra sociedad. Nada ganará la causa de la democracia si se regatea convivencia y amistad a quienes se han esforzado en servirla desde hace largos años. Si las izquierdas españolas no fuesen capaces de comprender a estos hombres —es sólo una hipótesis, afortunadamente desmentida por la realidad—, seguirían sin crear, o volverían a perder, la posibilidad de aprender de sus propias deficiencias en el pasado. De que se aprovechen seriamente

ni ocultarlo. Pero durante cuarenta años he sido lo más discreto que he podido, y no por avergonzarme de nada según algunos piensan, sino por lo angustioso para mí del recuerdo y por evitar el bochorno de que, con unos o con otros, esta circunstancia biográfica me reportase compensaciones no buscadas. Me estoy refiriendo, ya lo habrá supuesto más de un lector, a mi mayor tragedia familiar: la del asesinato, en la zona donde yo hice la guerra, del hombre sin culpa, recto y bueno que me engendró. No entraré aquí en los pormenores de aquel golpe brutal, uno entre los muchos que colmaron de llanto innumerables familias en las tensas fechas en que, evacuado a Valencia el gobierno, Madrid, dejado a cargo de una urgente Junta de Defensa forzada a la hercúlea hazaña de organizar la resistencia y mantener al mismo tiempo el orden de la ciudad, estuvo a punto de ser tomado por el enemigo. Como a Pedro en su zona, los crímenes de los que en la mía íbamos teniendo alguna noticia y, sobre todo, el que tan directamente hirió mi corazón, me impusieron un terrible problema de conciencia mal resuelto; como Laín con la suya, seguí no obstante al servicio de la causa popular, he de decir que con adhesión sincera. Y hoy pienso que, si él tuvo otras razones, además de las humanitarias, para abandonar más tarde la suya, yo he creído tener serias razones, distintas de las humanitarias, para seguir en la mía. Pero ello me ha acarreado incontables veces, ya se comprenderá, la acusación de ser «un monstruo». Y no dudo de que desde ese punto de vista, que es esencialmente el elegido por algunos ante el libro de Laín, será asimismo enjuiciado el presente trabajo por más de un lector. Y muy en particular, esta larga nota. Pues todavía me llegan, de cuando en cuando, anónimos insultantes alusivos a mi pobre padre, escritos seguramente por gentes que elogiarían mi «patriotismo» si yo hubiera peleado al lado de los «nacionales» y me hubiese mantenido después fiel a sus ideas aunque a mi padre —que en esta hipótesis podría haber sido un modesto afiliado a un sindicato de la U.G.T.— lo hubiesen asesinado, pongo por caso, en Badajoz. Frente a la persistencia de tales fanatismos me limitaré a decir que el dolor por toda la sangre vertida sigue vivo en mí, y que es muy de lamentar que otros se duelan sólo de su sangre y de los asesinatos del bando opuesto, mas no de los del bando propio y de la sangre ajena... Ahora bien, el análisis social de nuestra contienda bélica —que entraña, quiérase o no, el de las verdaderas responsabilidades por todas esas muertes, además de las del campo de batalla y de otras posteriores— es cuestión distinta, y si no se afronta con la deliberada voluntad de reconocer la verdad en vez de envolverla en blandas y sospechosas exhortaciones al olvido, sucesoras de aquel unilateral «perdonad, pero no olvidéis» que fue como una cínica negación de que en la zona «nacional» hubiera que perdonar ningún crimen, nos seguiremos debatiendo en una insatisfactoria tregua en vez de llegar a una auténtica convivencia en que las tensiones sociales puedan manifestarse con plenitud sin desmoronar la legalidad democrática. Menos mal que, paulatinamente, va creciendo la literatura imparcial que pone las cosas en su sitio. Como, por ejemplo, el libro de Laín Entralgo.

anteriores experiencias en lo tocante a efectiva unidad, aunque sólo sea táctica, de las fuerzas populares, pero también en cuanto a la conciliación con innumerables personas de otras familias políticas o del antiguo bando contrario, depende de que el futuro sea socialmente más justo y no decaiga, una vez más, en ilusión inconsistente pulverizada por la agresión reaccionaria.

«Por omisión peque, lo reconozco de veras», torna a decir Laín en otra de sus «epicrisis». Que nadie, sea de izquierdas o de derechas, ose menospreciar ante un hombre y un libro que merecen aplauso. Pues ¿quién puede presumir de no haber pecado nunca por omisión? Yo no conozco a nadie libre de omisiones; y en cuanto al texto que comento, no se negará que, lejos de ser otra omisión, es una acción singularísima y, de positiva que resulta, casi escandalosa. Si Pedro Laín es normal varón por sus omisiones, es excepcional por las páginas donde las confiesa. Lo es al modo más insólito: mediante el ejercicio de su sincera humildad. Como muchos otros, conocía sus débitos; pero, a diferencia de otros, no los ha disimulado. Ha preferido pagarlos con su dilatado proceder y en defensa de la libertad con su *descargo de conciencia*.

Los libros que tratan de España y de su última guerra civil son numerosos. Otros se les sumarán mañana, que arrojarán creciente claridad sobre nuestros más graves dramas y nuestras carencias más bochornosas. Pero ya no podrán ser muchos los que, procedentes de testigos y protagonistas directos, desnuden flaquezas personales y ofrezcan contricción al tiempo que revelan, de cerca, cómo fue el pulso de los días en este siglo de violencias españolas que nos ha tocado vivir. Laín ha dado un luminoso testimonio de nuestra relación —la nuestra, la de cada uno de nosotros— con la historia de Iberia, y se ha hecho acreedor por ello a la gratitud de todos. Es ya tópico hablar de España como «madrasta de sus hijos», angustioso aforismo que debiera contradecirse con otro que afirmase: «Los españoles, hijastros de su madre». Pues si ella nos da poco, es por lo poco que a ella le damos; que, al fin y al cabo, España no es más que el conjunto de todos nosotros. Pero quien reconoce la triste verdad de cuán «hijastros» somos y escribe un *Descargo...* como el que a Pedro debemos, demuestra lo lejos que está de ser, al sólo modo, un hijastro descastado y con cuánta abnegación es verdadero hijo.

Y hermano. Que para ser buen hijo de la patria hay que ser buen hermano de quienes la forman y la deforman. Fraternalmente, Pedro Laín Entralgo se ha plantado ante su espejo con admirable entereza y en esa luna nos brinda a los demás la posibilidad —y aun el deber— de contemplarnos a nuestra vez. Aguda y sutilmente, *Descargo de conciencia* es también nuestro espejo: uno de los más nítidos —y por ello, inquietantes— que se nos han puesto delante. No podremos hallar en él nuestra fisonomía definitiva; un espejo vivo no fija ninguna imagen. Sólo invita a seguir encontrando en él rasgos inadvertidos. Agradecemos la limitación aparente de esa contemplación interminable, ya que crea el acicate de seguir mirando. Ese afán es la mejor «ultranza» de nuestra humana condición: la de conocer y conocerse. En ella dejamos a Pedro, engolfado en su inacabable búsqueda de autorrealización, que no concluye en el libro y que él ha expresado hondamente en su «Hombre solo»:

Quiera o no quiera, mi existencia tiene que ser otra vez pesquisa sedienta y desamparada. Creía poseer algo, y ya no poseo nada. Existir es —otra vez— tener sed.

Antonio Buero Vallejo